

713652

# Crónica Literaria

Por ALONE

"En la Ruta de los Parásitos", novela por Alberto Santelices (Océano). Por costumbre, por hábito culinario, dicen todavía muchos o siguen pensando que los escritores chilenos, en este país de costas, no miran bastante al mar, no lo celebran, describen y cantan suficientemente.

Una simple acada a los Premios Nacionales que Hernán del Solar sacó de poneños a la vista en su excelente libro comprueba lo "obsoleto" de esa creencia.

Nuestra literatura se ha hecho navegable.

Abrí la marcha (no podía menos) "El abdicante del león fantasma" y lo siguen "El Maestro de Tiburones", "Chileños del Mar", "Lanchas en la Bahía", "Tierra de Océano", "Cabo de Hornos", pléyade que integra el poeta máximo, por sí mismo un marinero.

Cada uno —Dífalo — Salvador Rojas, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Benjamín Subercaseaux, Colomos, Neruda— aporta su oli, su espuma y su voz van contar otros, fuera de la lista, como el "Monumento al Mar", de Huidobro, formando una escuadrilla propulsable, capaz de resistir mareas temporales.

Con la debida reverencia, y sin olvidar las proporciones, conste que ninguno me ha dado una emoción tan directa y real del marino en el desempeño de su misión, del Hombre de mar apasionado y competente, como el autor de esta obra cuya tituló despista un poco: "En la Ruta de los Parásitos", por Alberto Santelices.

¿Quiénes son los parásitos? ¿Por qué, con qué intención figura allí ese término?

La explicación lleva a penetrar la entraña del libro, su doloroso drama, su queja sarcástica, suficiente y justa.

Se trata de la Marina de Guerra, y, condensada en su suerte, la del país, la del momento histórico y la crisis de nuestra civilización.

Nada menos.

Lo prodigioso y excepcional es que, pese a su trascendencia y a que el conflicto se dibuja nítido, no hay diatribas ni agresiones, ni divagaciones, ni teorías, ni sueños. Ni siquiera demagogia.

Hechos, Verificados, presentes, palpables. Hombres serios y acuciantes que trabajan y luchan profesionalmente, haciendo día a día, cuerpo a cuerpo con el dolor, héroes sin énfasis, paladines y servidores de la patria tan sencillos que casi lo ignoran y no se jactan nunca.

Podrán otros superarlos por la magia de la imagen y la cadencia de los períodos encadenados; Alberto Santelices los vence por el conocimiento y la noble experiencia. Los demás admiran una muestra de que han ido al mar con intención práctica y que han aprendido cierto vocabulario. Alberto Santelices lo emplea como si idiente. No cuida de explicar ni definirlo, da por sentido que los demás lo hablan y usan en la vida su lenguaje y su gramática.

El todo, un sentido sentido de radar, lo evita obscuridades que podrían desorientar. Lejos de eso, su relativa indecisión favorece el relato, le proporciona imprescias resonancias y convence de que el narrador sabe lo que dice, insinuando que, a sus ojos, no es un ignorante y puede aún ser traído como experto de ensconces.

Si Alberto Santelices ha empleado ese procedimiento como tónico, no habrá podido hallar otra mejor; pero probablemente lo ha hecho por intuición, porque aquello lo siente así, naturalmente.

La impresión que produce es de una autenticidad abrumadora. De ella, como fruto lógico, el conocimiento asustante.

Empieza la historia.

"Es un día de sol en el puerto militar de Talcahuano. Dos pequeñas escuadras emplean a filtrarse lentamente por la componería del dique. Luego se transforman en dos pequeñas estrellas de agua blanca y espumosa, que van iluminando lentamente el abismo de concreto en cuyo fondo vuelve a nacer. De pie en la soldilla el teniente Phenton observa distraído cómo se escurre el agua por el fondo del dique y cómo flotan pequeños maderos juncos y sardinas de vientre blanco. Hacia más de un mes que habían entrado con el buque; las compuertas, al cerrarse, les dejaron apresionadas y en seco. —¿Cuál será para él?

se preguntó. Pensó que ello debería ser a las once de la mañana. Miró su reloj pulsera. Aún faltaban dos horas. Lanzó al agua los restos del tabaco de la pipa que fumaba y se dirigió despreciosamente hacia el puente de goberna. Se situó en la rueda del timón. Los vientos de la víspera de corriente del puente le devolvieron su imagen. Se arregló la corbata. El improvisado espejo mostraba una figura curiosa, pero agradable". Con elementos tan simples, en ese tono liso, objetiva, apena, la narración va desplegándose ante nuestra vista, ya tranquilamente interrumpida.

Aparece un guardiamarina preventivo, recién salido de la Escuela Naval. Lanza otros hombres de la tripulación. Todos se lavan, se jabonan, visten. La tensión regiomontaria. Uno pregunta a preguntarse con curiosidad, no sin la leve sonrisa del lector de novelas ante una batalla incipiente, adonde irá. ¿Dónde, cuál será el rumbo, qué fin tendrá?

¡Suspense!

No tanto; por un poco.

Zarpa el buque rompiendo y enderezando para al sur. Va a Punta Arenas. Así eran las órdenes; pero no encaprichía mucha estúpidez de su raza. De pronto, un llamado de socorro impensable los lanza a toda máquina en sentido contrario. Al norte hay un pesquero al garete y grito socorro. Órdenes, voces, trajes, maniobras, agitación a bordo.

Un paseo se insinúa en el fincam del que risito a todo eso, navegando chismosamente instado con el libro cuyas páginas deslizan rápidas, pero sin soltar su asirrein, ese silio enganador.

Solo allí en los últimos capítulos, descartadas las fúrgatas excesos de amor, "los marineros buscan y se van" (capitas crudas dos o tres mujeres hipócritas) empapados, a fuerza de pruebas sangrientas, del sacrificio, de la disciplina rigurosa, del valor que no duda en las templanzas, medida por el riesgo y ardiente amor a Chile que todos aquellos hombres sienten desde adentro y el desprendimiento temerario con que lo sirven, obediendo a un mandato del alma, de los nervios, de la entraña, entonces, en una sola palabra el motivo de la historia, salta, como un asole,

Sale a Valparaíso, a punto de haber desembarcado, felices de verse vivos después de un infierno varado que los llevó a dos dedos de la muerte y tras haber librado la vida a otros, amagados por el furioso mar, un desfile estremecedor de muchachos malvados, veciferantes, punto en alto, frenéticamente persuadidos de su misión revolucionaria, para gritando en son de guerra abajo la guerra de... que están los bombarderos en..., matarán los imperialistas. Uno de ellos, viendo al comandante de Marina, muerte de hombre, de sed, de sueño y agotamiento, pero insaciable, no puede resistir, escape "con aco" y le lanza, rabiosamente:

—Paradizo!

Tiene Alberto Santelices el bueco gusto un tanto heroico de rebajar todo patria, "Los buenos sentimientos hacen los malos libros". Al verlo amenazante, decía hacia la izquierda apenas tenida de marras. Y sonríe. Comprende. Se encoge de hombros. No duele al insultador golpe por golpe al lo abraza; tal estúpido lo deja al lector. Para eso, la realidad, los hechos, las asiduas, el sacrificio, el poco sueldo, la ninguna esperanza material, la pasión vital por el oficio que dañará la muerte.

Todas las viejas virtudes que, esentadas, se anulan, cobran en la acción poder irrecusable.

Lo que no logre el reticimiento de quienes agusan al arte y multigénicas sus combinaciones, graduándolas, opinándose, confundiéndolas, éste que marcha a paso militar y breve, sin adornos, brusco a rasos, lo edición poderosa y naturalista; apretar la garganta, cerrar un momento el libro y, alargado el nudo de la emoción, reabrirlo para seguir leyendo, más no come quem lea, sino como el que presencia y vive.

Si acostumbrado a la realidad alcanza límites en que más de un retórico detendrá su acceso a la literatura, alegando que porque los retóricos se atrenen a todo, falta de cultura, ausencia de compostura, esquematismo y prosa.

Mejor.

Es lo que se necesita.

Piedra Roja, noviembre de 1969.

## "En la ruta de los parásitos" [artículo] Alone.

**AUTORÍA**

Alone, 1891-1984

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1969

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

"En la ruta de los parásitos" [artículo] Alone.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa